

# *Borracheras NO!*





# *Borracheras NO!*

Félix Rodrigo Mora





# A modo de Prólogo

Cinco de la mañana, miras a tu alrededor, lo único que ves son botellas, cartones y latas vacías, compañeras y compañeros botados en el suelo, un ambiente algo confuso, existen dos opciones, o eres un mero observador de este escenario, o eres una víctima directa de los efectos del alcohol; es el tiempo de los carretes “brígidos”, donde la competencia (de quien toma más, quién se acuesta más tarde, “quién se come mas minus o minas”, etc.) y la evasión de problemas son los protagonistas; también existe un auge en el consumo de las “bebidas energéticas”, que no tienen otro fin más que hacer que los carretes se prolonguen por más tiempo, aumentando así sus respectivas consecuencias.

La sociedad hace ver que el consumir alcohol u otras drogas (duras, blandas, farmacológicas, etc.) ya sean legales o ilegales, que no generan una gran diferencia más que unas firmas de aprobación o desaprobación en el congreso, como un símbolo de relajación, escapatoria, un acto de humor o incluso, de rebeldía, en donde el ser que las consume se convence de que estos excesos son liberatorios y representan su desvinculación del sistema de control, cuando lo que en realidad hacen es ayudar a perpetuar régimen de conservadurismo impuesto por la institucionalidad, confirmando así la enajenación que provoca el sistema sobre la persona, sobre todo cuando existe un exceso en su consumo.

El problema llega a su máximo cuando pasamos de tomar unos tragos a tomar varios tragos y finalmente convertirnos en alcohólicos (o drogadictos), cuando “ahogamos” nuestras penas en la bebida (o antidepresivos). En este sentido, aparte de los conocidos problemas a corto plazo (la caña, el hachazo, la resaca, etc), tenemos uno mayor, el alcoholismo. El estado mental y físico cuando “se necesita el copete”, con problemas de salud que empiezan a volverse crónicos, y también con una negación del problema. A esto debemos atacar,

tenemos que ser capaces de manejar nuestro cuerpo y mente, y poder parar de consumir cierta sustancia cuando nuestro cuerpo lo necesita, entendiendo además que esta dependencia es una herramienta eficaz para el control de masas y que en ningún momento es un sinónimo de nuestra libertad.

Tal como el franquismo en la región española a mediados del siglo XX impuso el consumo de alcohol en los obreros y obreras, con el fin de que sean más dóciles y productivos a la hora de hacer su trabajo, ocurre algo similar en la región chilena, en donde, tenemos una dictadura, en la cual el alcohol se vuelve un escape al terror que genera el fascismo generalizado, pero también se convierte en un adormecedor de la lucha de la gente, que se salvó de estar muerta o desaparecida, pero que fueron víctimas de como se introdujeron las drogas duras a las poblaciones.

Luego vino la transición, y el incentivo a la cultura del “no estoy ni ahí” en la juventud, donde instituciones como la INJUV generan una distracción a los temas importantes, y las promesas de la democracia y alegría se verán aplazadas por una “imposibilidad” de hacer los cambios.

Un mensaje como “si vas a beber pasa las llaves”, programa impulsado desde los gobiernos chilenos, es un claro ejemplo de reducir accidentes, pero en ningún momento se busca atacar el problema de fondo.

También el incentivo de las fondas para el 18 de septiembre (día en que se celebran la “independencia” de la región chilena del dominio español), donde la chicha, el terremoto, el vino y la cerveza abundan, para celebrar a la patria que más a combatido a su propio pueblo.

Que quede claro que en ningún escenario pedimos que las instituciones del estado se hagan cargo del problema del alcohol, simplemente exponemos las acciones que llevan a cabo en relación a este, donde se evidencia que su objetivo no es acabar con el alcoholismo, ya que esta es una herramienta efectiva, alentada por ellos mismos, para mantener a las personas sumisas ante su imagen de poder.

Su autor, Félix Rodrigo Mora, hace un recorrido desde el pasado, representado por el consumo moderado de fermentados principalmente acompañado de comidas, y como esto se fue transformando, hasta llegar a que alcohol sea indispensable para que exista la fiesta y diversión, creando así un medio de control de las masas. Finalmente pone sobre la mesa las primeras herramientas para poder vencer a la ascendente flecha del alcoholismo que de un tiempo a esta parte se ha convertido a personas en seres totalmente dóciles ante el sistema de opresión.

**Le Joven Ingeniero, 2015.**





# PRESENTACIÓN

Desde hace muchos años he venido observando, con una mezcla de impotencia y desesperación, el ascenso en flecha del alcoholismo. Incluso he publicado algunos artículos desaprobando este hecho, los cuales fueron acogidos, dejando a un lado muy escasas excepciones, con total indiferencia, cuando no con latente irritación y hostilidad, por quienes se supone que más deberían hacer por resistir y reprobando el vicio de la bebida, aquellos que, verbalmente al menos, se declaran a favor de una transformación radical del orden social. Ello me hizo comprender que el progresismo y el izquierdismo no están en contra del alcoholismo porque no están a favor de la revolución, de la recuperación de la esencia concreta humana ni de la construcción de un estilo de vida moral y civilizada. Su sórdida política de mantener el actual orden pero perfeccionándolo más y más les lleva a promover de facto el consumo de drogas y a fomentar de muchas maneras, directas e indirectas, el abuso de la bebida. Dichas corrientes políticas son, por decirlo claramente, junto con el franquismo<sup>1</sup>, la causa principal inmediata de la alcoholización, y drogadicción de las masas. Entre las tres nos han convertido en un país de beodos, en los años 1965-85, y todo lo que ha venido después es mera evolución a peor de lo entonces estatuido. El texto que sigue evita las simplificaciones y trata el problema en toda su colosal complejidad, sin dejarse llevar a concepciones bobamente optimistas, tan del gusto de cierto “radicalismo” que cree que cualquier mal tiene reme-

1. Nombre que se le da a la ideología política de corte fascista, relacionada con la Dictadura de Francisco Franco, y que se mantuvo en España en el gobierno desde 1939 a 1975, luego de la guerra civil en la cual combatían al pueblo. Este término es el análogo a Pinochetista en Chile.

dio, dado que nos espera un final feliz y radiante allá en la culminación de la historia. Pero quizá la desintegración en desarrollo de la sociedad actual por causa, entre otras, del alcohol y las drogas, las “ilegales” tanto como las legales (en primer lugar los psicofármacos con los que la sanidad “pública” atiborra a su desventurado público, en particular a las mujeres), no tenga ya solución, de manera que éste es un asunto en el que el único enfoque realista es la lucha sin final, el esfuerzo permanente, la dedicación ilimitada. La verdad es siempre muy enmarañada, además de dura y terrible, y ha de referirse a diversos factores, con exclusión del monismo y el simplismo. Por tanto, junto a las causas políticas y sociales de las toxicomanías están las existenciales y las que afectan a la construcción por sí mismo del sujeto en tanto que ser humano. Para tratarlas como conjunto interrelacionado una revolución política es tan necesaria e imprescindible como insuficiente y limitada, de modo que estamos obligados a pensar con un grado de complejidad muy elevada, negándonos a nosotros mismos el consuelo del optimismo, que no es más, en general, que un narcótico espiritual. Finalmente, deseo agradecer a las amigas y amigos del movimiento Straight Edge<sup>2</sup> el cariño y comprensión con que han acogido mis muy modestas aportaciones, así como que me hayan proporcionado una oportunidad de exponer ideas, emociones e incluso pequeñas vivencias que desde hace mucho tiempo deseaba compartir.

---

2.Movimiento nacido dentro del punk en respuesta a su autodestrucción y hedonismo, en el cual sus participantes no beben alcohol, no fuman ni ingieren tabaco ni consumen drogas, en algunos casos se extiende a ser promiscuo, vegetariano o vegano. El objetivo es recuperar el mayor control sobre la vida propia.

# PREÁMBULO

***“El aplicarse demasiado a las cosas corporales, es señal de un almabaja, como el ser continuo en los ejercicios de comer y beber mucho... y gastar más tiempo del que es menester en las demás funciones del cuerpo. Todo esto se ha de hacer de prisa y como de paso. Al espíritu se han de dar todos nuestros cuidados.”***

***Epicteto, filósofo romano.***

El actual orden político-jurídico no libre, mediático adoc-trinador, educativo aleccionante, de disvalores obligatorios, hedonista y felicista, asentado en el pánico inducido al es-fuerzo, el sufrimiento y el dolor, de insociabilidad impuesta y económico depredador está llevando la lacra del alcoholis-mo a niveles pocas veces alcanzados en la historia, pues sólo queda la duda de si la Roma de la decadencia conoció una embriaguez multitudinaria superior a la actual. El fenómeno del alcoholismo de masas, promovido desde las instituciones y desde el progresismo e izquierdismo, manifiesta la falta de libertad existente (de conciencia, política y civil) pues el al-cohol es al mismo tiempo causa y consecuencia de la opresión y manipulación mental a que el actual régimen de dictadura política, constitucional, parlamentarista y partidocrática so-mete a las desventuradas gentes de la modernidad madura. De ese modo, la virulenta y creciente batahola de liba-ciones que ahora padecemos es asimismo un ataque a la libertad, un modo atroz de destruir la esencia concre-ta humana y una vía para la sustitución de la vida bue-na y civilizada por otra de barbarie y desintegración. Una de las artimañas verbales utilizadas por los apóstoles de la alcoholización general es que siempre ha habido abuso de la bebida, lo que viene a significar que nuestro tiempo no es peor

que otros. Esto es rigurosamente falso, como luego se dirá, pues hasta el franquismo, en los territorios del hoy reino de España, la embriaguez era un fenómeno minoritario, sin apenas significación social ni política ni moral. Fue el régimen fascista de Franco el que promovió un culto ferviente por la taberna primero, y luego por el bar, la discoteca, las copas y las otras formas de ocio embrutecedor ligadas a la ebriedad, así como a la vida disoluta, parasitaria, vacía, irresponsable, adocenada y servil. Peor aún fue la ejecutoria del régimen de dictadura constitucional y parlamentario (al que los publicistas del sistema denominan “democracia”) implantado en 1977-78, que se empeñó en convertirnos a todos en dipsómanos, pudiéndose decir que los años 1965-85 fueron el lapso de tiempo en que se constituyó el actual alcoholismo de masas, que antes no había existido entre nosotros. Dicho de otro modo, la tarea que comenzó el franquismo la culminó el parlamentarismo, con gran éxito, para nuestra desgracia. Un personaje que desempeñó una función de primer orden en ello, así como en la promoción de las drogas “ilegales”, fue Enrique Tierno Galván, en ese decenio alcalde de Madrid por el PSOE<sup>3</sup> durante unos años, un intelectual izquierdista de pedigrí, exaltado hasta el delirio por los medios de comunicación estatales y capitalistas. En Euskal Herria<sup>4</sup>, algunas consignas atrabiliarias de la iz-

---

3. Partido Socialista Obrero Español, fundado en 1879, definido como de clase y marxista, hasta 1979 donde aceptó la economía de mercado. Criticado por su “falsa izquierda”. Es uno de los partidos con mayor popularidad de España (bipartidista), y en cual alterna el poder con el Partido Popular desde la muerte de Franco.

4. Al traducirlo del Euskera al Español significa País del Euskera, es el territorio (dentro de los estados español y francés) en el cual se desenvuelve la cultura Vasca con autonomía político-administrativa, pero existen grupos que siguen buscando la independencia total de los estados de Francia y España.

quierda abertzale<sup>5</sup>, sobre todo las que pedían “martxa eta borroka”<sup>6</sup> y una forma de vida “alegre y combativa”, en el contexto de los años 80 del siglo pasado, contribuyeron a llevar el vicio de beber a niveles intolerables, con graves repercusiones de todo tipo, también políticas, muy favorables al reforzamiento del Estado español en ese territorio, como han ido mostrando los acontecimientos desde entonces acaecidos, que han conocido una mengua espectacular de la presencia e influencia de dicha izquierda. A escala internacional la contracultura, que se reclamó de los años 60 y del mayo francés del 68, convirtió las drogas, además de la cerveza tomada a descomunal escala, en nuevas deidades, que iban a liberar a la humanidad de un número infinito de lacras y servidumbres. De todo ello emergió el LSD (recordemos que una de las patochadas de aquellos años era comparar al LSD con el caviar, lo que manifiesta la mentalidad adocenadamente burguesa de los promotores de esa droga “antisistema”), que pronto dejó paso a la heroína, y la marihuana, que ha servido y sirve de nexo de aproximación a las llamadas drogas duras, además de vehículo de entontecimiento universal, convertida en el símbolo de un “inconformismo” que es el más pueril de los conformismos, y una “rebeldía” que ha terminado por ser una nueva forma de conservadurismo. No se ha de olvidar que del apolillado lema “sexo, drogas y rock-and-roll”, tras más de medio siglo de ser repetido e impuesto por el modernismo institucional sólo quedan las drogas, pues el rock se ha hundido en los despeñaderos del olvido, por causa de su simplismo estilístico, insustancialidad

---

5. Idioma hablado en el Euskal Herria.

6. Consigna que traducida al español es “marcha y lucha”.

en los contenidos y espíritu neo-reaccionario, y el sexo está en adelantado estado de liquidación, pues ahora vivimos una época aciaga, de desexualización general, en la que casi todo, en este ámbito, se reduce al sexo mercantilizado y a la masturbación, ambos promovidos desde el poder estatal. Con las drogas ha pervivido, cómo no, el alcohol: tal es la herencia maldita de una edad perversa, en la que el orden constituido se robusteció cualitativamente haciéndose “diferente” a como había sido hasta entonces. Unas y otro destruyeron al movimiento hippie y, tras él, han ido liquidando, o cuando menos dañando gravemente, todos los movimientos populares autónomos que se han ido constituyendo. Han realizado, por tanto, el sueño del Estado: que no exista más vida colectiva que la que se da en él, de tal modo que las clases populares lleven una existencia atomizada e inorgánica, lo que reduce a casi nada su peligrosidad. Además, las drogas han matado, y siguen matando, a millones de personas en todo el mundo, lo mismo que el alcohol. De esa matanza, que no cesa, son responsables quienes han promovido y promueven uno y otro, en particular la contracultura (hoy casi extinguida), la izquierda institucional y sus satélites del “anticapitalismo” estatolátrico, el anticlericalismo burgués y una parte sustantiva de la intelectualidad progresista, sin olvidar al franquismo, que fue pionero. El estudio de la intemperancia y destemplanza en el pasado y presente, el conocimiento del cómo y porqué se ha constituido una hórrida sociedad de borrachos y borrachas en ascenso, permitirá establecer unos criterios, unos argumentos y una estrategia para hacer frente al problema, con la advertencia de que nuestra meta aquí y ahora (también en esto) no puede ser, a pesar de que lo deseamos ardientemente, la erradicación completa del mal, dado que es promovido de mil modos desde las instituciones en unas condiciones tremendas de au-

sencia de libertad de conciencia y libertad de expresión. Pon tanto, el fin tiene que ser la lucha de larga duración contra él. En efecto, este problema no tiene y no puede tener solución bajo el vigente régimen de dictadura política, de manera que es necesaria una revolución liberatoria (como causa necesaria aunque no suficiente), que estatuya una sociedad lo bastante libre (la emancipación de manera total y absoluta no puede existir, dado que no lo permite lo mezquino y falible de la condición humana), para que pueda ser satisfactoriamente reducido. Una última advertencia es que el alcoholismo, en contra de lo que ciertos medios ingenuos, o tal vez demasiado maquiavélicos, sostienen, no es principalmente un problema médico o de salud, sino un asunto político, de calidad del individuo, convivencial y civilizatorio. Los males que de él se derivan son, ante todo, espirituales e inmateriales, mucho más que físicos o somáticos. Son los valores que nos hacen humanos los que son triturados por el alcohol: el ser dueño de los propios actos, la verdad, la libertad, la convivencia, la virtud personal, el autodomínio, la rectitud moral, la generosidad, la trascendencia, la voluntad de esfuerzo y riesgo, el uso del libre albedrío y el olvido de sí. A quienes se empeñan en convertirnos en entes meramente biológicos tenemos que recordarles que además, y sobre todo, somos seres dependientes de necesidades espirituales, cuya satisfacción es urgente y perentoria, hasta el punto de que el alcoholismo suele provenir de la represión de tales exigencias naturales de carácter inmaterial, en tanto que específicamente humanas.

# PASADO

En lo referido al pasado inmediato, el incremento del consumo de bebidas alcohólicas fermentadas (vino, cerveza y sidra) se detecta desde finales del siglo XV, a través de la brusca ampliación de la superficie dedicada al viñedo, sobre todo. Es bajo el reinado de los Reyes Católicos cuanto eso sucede de un modo perceptible, lo que es una novedad que va unida a otra bien significativa, el rápido desarrollo del aparato estatal. En efecto, la corona sobre todo, pero también los señores y el alto clero se sirven del consumo desmedido de vino para embrutecer, entontecer y privar de libertad en mayor grado a ciertos sectores de la población, particularmente en las villas y ciudades. En el siglo XVI los destilados, los licores, comienzan a tener cierta importancia, siendo en ellos donde el alcohol se maniesta con nitidez como droga, pues en los fermentados posee un carácter de alimento, o de complemento al alimento sólido. Pero es en la centuria siguiente cuando el acto de beber licores se expande bruscamente, debido a su uso en las flotas de guerra, recién constituidas, y en los ejércitos. Con todo, será en el XVIII, con la creación de los ejércitos permanentes y las poderosas Armadas, cuando se padecerá un incremento brusco de la ingesta de alcohol. No podemos olvidar que el ron era la bebida que la flota de guerra inglesa proporcionaba a sus marineros, para hacerles soportar las penalidades de las interminables travesías y adormecer su ánimo en los continuos combates. Al mismo tiempo, las potencias coloniales se servían del aguardiente para degradar y someter a los pueblos indígenas, siendo conocido su uso, implacable y planificado, por la corona española en sus posesiones de Norteamérica, contra los pueblos indios.



Para esa fecha, en la península Ibérica las clases populares llevaban una vida morigerada, ajena a la embriaguez. Se tomaba vino o sidra (cerveza también, pero mucho menos) como un ingrediente más de la dieta (no olvidar el adagio de que “con pan y vino se anda el camino”), buenos para aportar energía en trabajos duros (segar, por ejemplo, o ir a pie durante todo el día), pero casi siempre ingerido con moderación y como acompañamiento de alimentos sólidos. Tenía asimismo un uso lúdico y relacional, pero en el contexto ya citado de medida y auto-contención conscientes, y como elemento no esencial, esto es, siempre acompañando a la comida y en el marco de la fiesta popular, alegre y satisfactorio acontecimiento convivencial, integrador y participativo, que no exigía excesos libatorios, al contrario que las actuales formas de ocio embrutecedor, dirigido, excluyente, aleccionador y mercantilizado. Los calumniadores por oficio de la sociedad popular rural tradicional presentan las reuniones del concejo abierto como agrupaciones de alcohólicos, debido a la costumbre inmemorial de sesionar en la asamblea aldeana tras tomar en común unos sorbos de vino en una o dos copas, generalmente de plata. En realidad, era un acto simbólico que solemnizaba la asamblea concejil con la ingestión en común de una bebida alcohólica, sí, pero que sobre todo se consideraba un alimento. Por lo demás, la cantidad era exigua, “hasta dos tragos por barba... e non más”. Todos los testimonios conservados (renuncio a hacer una relación de citas de los autores y obras que los contienen) presentan la sociedad rural tradicional popular, antes de entrar en descomposición grave, como sobria y temperante hasta el punto de permitir sostener que en ella apenas existían borrachos. En efecto, no los había, salvo de forma mínima, por una razón muy simple, porque en ella el Estado todavía era bastante débil. En 1914 el economista A. Flores de Lemus expuso que “los es-

pañoles forman una raza extraordinariamente moderada en sus hábitos de beber. Una de las cosas que más sorprende a los extranjeros que visitan España es la ausencia de borrachos”. Cien años después lo que pasma a los viajeros es lo contrario, una “España” convertida en una gran concentración de beodos y achispados. Entender este cambio es fundamental para establecer una estrategia acertada contra el alcoholismo multitudinario. En aquella fecha sólo se detectaban ciertas expresiones, débiles aún, del vicio de la bebida en el ejército y la marina de guerra, en las concentraciones de proletarios sobre-oprimidos de la minería e industria pesada norteñas, y entre los jornaleros del suroeste, que eran “obsequiados” por los patronos con unas copitas de aguardiente (cazalla) al comienzo de la actividad laboral, para que rindiesen más y fueran dóciles. El resto de la población se oponía rotundamente al uso inmoderado de las bebidas alcohólicas, contemplaba con prevención los destilados y licores, que se consumían muy poco, y se aferraba al hábito de tomar vino o sidra siempre con alimentos (lo que reduce en mucho los efectos del alcohol) y en cantidades prudentes. Los pocos borrachos y borrachas habituales que había resultaban ser, en los más de los casos, meros enfermos mentales. La moralidad popular era, al respecto, bastante estricta, hasta el punto de que embriagarse una sola vez llevaba a perder el respeto, afecto e incluso la amistad y trato de los iguales, norma no escrita que mantenía a raya a quienes, como se decía entonces, “no saben beber”, esto es, se emborrachaban. La sabiduría popular remataba el aserto con una juiciosa conclusión, que era al mismo tiempo una exigencia, “quien no sepa beber, que no beba”. A la vez, se ponía el acento en lo saludable del consumo moderado de vino como alimento, por ejemplo, en el dicho que recomienda dar a las personas ancianas, “sopitas y buen vino”.

El movimiento obrero repudió, en todas sus corrientes, el espantoso mal de la bebida, considerando que era una artimaña de la burguesía para sobre-explotar y sobre-oprimir al proletariado. Se tenía por indudable que el obrero consciente no podía tener el hábito de embriagarse y, o era abstemio (sobre todo en las filas del anarcosindicalismo), o tomaba fermentados a la manera tradicional, en las comidas y en pequeñas cantidades. Sólo ciertos ambientes ácratas seguidores de Nietzsche se dejaron persuadir por sus mefíticas teorías sobre lo orgiástico y dionisiaco, por lo que se dieron a la bebida, aunque eran muy pocos y por lo general, sujetos ajenos a las clases productoras, intelectuales radicalizados. Con el triunfo del franquismo todo ello cambió. En la contienda de 1936-39, se sirvió de los licores baratos (a los que se denominaba “asaltaparapetos”) repartidos profusamente por la intendencia militar un poco antes de las operaciones ofensivas más sangrientas, para estimular a sus tropas, de donde se formó una generación de alcohólicos, que se manifestó sobre todo en la oficialidad y se vino a sumar a la fauna de estragados personajes que poblaban el cuerpo de oficiales (véase lo que A. Barea narra en “La forja de un rebelde”) desde al menos la guerra de Marruecos, en la que el alcoholismo, el burdel y los juegos de azar ocupaban la mayor parte del tiempo de ocio de tales sujetos, aunque se debe reconocer que siempre hubo una minoría alejada de todo eso, Franco entre ellos, para la cual sólo cuenta el poder, de cuyo ejercicio extraen todas sus satisfacciones y goces. Tras su victoria, con las clases populares privadas de la libertad de asociación y sin lugares donde socializarse, se las empujó primero hacia la taberna y luego, a partir de principios de los años 60, hacia el bar y la discoteca. Ése, bajo el franquismo tardío, se hizo un lugar mítico, donde había que acudir a diario a consumir alcohol, si bien persis-

tía todavía una fuerte resistencia popular a tales novedades inducidas. Aquel régimen se sirvió del alcohol para frenar las luchas populares, lo mismo que hizo con el fútbol, la radio, la televisión, el cine de Hollywood, la Iglesia católica, la naciente progresía (que presentó el bar, al unísono con el franquismo, como un espacio rebosante de pretendidas delicias, emancipaciones y modernidades) y otras instituciones, entidades y procedimientos para el control mental de las multitudes. El franquismo desintegró asimismo las formas populares de asueto y solaz, lo que era necesario para mercantilizar lo festivo, desarrollar la industria del ocio (hoy una de las más rentables pero que hace sólo unas décadas apenas contaba), alcoholizar y drogar a las multitudes y privarlas también en esto de autonomía y mismidad. Como argumento en el capítulo III de mi libro “Naturaleza, ruralidad y civilización”, titulado “Reflexiones sobre la fiesta popular de la sociedad rural tradicional”, fue bajo la dictadura fascista cuando se dio el tránsito desde la fiesta popular por participación a las formas mercantilizadas y adoctrinadoras de ocio, en las que el individuo es meramente un sujeto pasivo, un espectador aislado. Esta característica hace que sean aburridas (por ejemplo, los aciagos conciertos de la música pop) y faltas de convivencialidad, lo que empuja a quienes a ellas asisten al consumo frenético de alcohol, tabaco y sustancias narcóticas, precisamente para soportar una pretendida forma de solazarse que no es más que consumo y aleccionamiento, esto es, tedio, muermo y fastidio. En las sociedades de la modernidad avanzada las gentes ya no saben divertirse, pues no lograr hacerlo dado que no poseen libertad para autocrear la fiesta, haciendo de ella un acto de cooperación, confraternización, creación y participación, lo que permitiría prescindir de tóxicos bebidos, fumados, inyectados o tomados, destinados a la evasión. En realidad, las

multitudes de nuestra lamentable época ya no son capaces de pasarlo bien, pues se limitan a consumir lo que el poder constituido presenta como “diversión” y “fiesta”, llevados de su proverbial docilidad y conformismo. De todo ello ha surgido Tristania, la actual sociedad, que es triste y tétrica en grado superlativo, un orden lúgubre en el que el alma humana tiende a desplomarse en la desesperanza y la depresión. Véase, nos prometieron, las elites mandantes y sus voce-ros, una vida maravillosa, hecha de una exultante combinación de riqueza material y satisfacción ilimitada de todos los deseos y alegría a raudales, pero lo que realmente nos ha sido impuesta es una existencia insufrible e intolerable. La conclusión última es que al final del franquismo estaban dadas, por tanto, todas las condiciones para una explosión aterradora del hábito de la embriaguez.

# PRESENTE

Al ser la llamada Transición política (1974-78) un nuevo y colosal triunfo del Estado, por ende, un nuevo capítulo de su crecimiento constante, se dio, como es inevitable, un salto adelante de la degradación de las masas. Por tanto, la costumbre de la embriaguez, esta vez acompañada de la conversión de amplios sectores de las masas juveniles al hábito del consumo de drogas, se hizo multitudinaria. Ello no tuvo lugar de forma espontánea sino que provino de una campaña de incitación de un despotismo, lujo de medios y contundencia formidables, en la que cooperaron los servicios secretos, las diversas policías, la izquierda oficial, que ahora dominaba el panorama político, los grandes medios de comunicación y la intelectualidad y estetocracia progres (pensemos en la “movida madrileña” y en su primer espada, Almodóvar). Lo más llamativa de aquello fueron las exhortaciones del que fue alcalde de Madrid por el PSOE durante una parte de los años 80 del siglo pasado, Enrique Tierno Galván, a consumir alcohol y drogas, con sus una y otra vez repetidas letanías, “¡el que no esté colocado que se coloque!” y “¡a colocarse todos!” que tanto él como sus seguidores difundían entre mofas y risas, frotándose las manos de gusto por el éxito que estaban alcanzando. Al mismo tiempo, desde la alcaldía, llevó adelante una maquiavélica política de subsidios, regalías y subvenciones que convirtieron a Madrid, y desde él a todo el país por infección, en un hervidero de bares y tugurios dedicados a la alcoholización y drogadicción de masas, además de muy eficaces lugares para el adoctrinamiento en las excelencias de la concepción hedonista, pseudo-bohemia, pretendidamente transgresora y adocenadamente canalla del mundo: de ahí surgió precisamente

la conocida “movida madrileña”, todo un hito en la degradación intelectual, convivencial, estética y moral de la sociedad. La intención última de todo ello es obvia: para destruir el movimiento de masas que se había constituido en los años finales del franquismo al sistema de dominación le era imprescindible hacer de la toma de sustancias narcóticas una costumbre lo más extendida posible. Tal operación de destrucción de las en ese tiempo fuerzas vivas del cuerpo social, real o potencialmente subversivas, se realizó también en otras ciudades, sobre todo en la capital de Cataluña, como expone José María Sanz (Loquillo) en el libro “Barcelona ciudad”. Este avezado mercader de la peor música pop y destacado agente de la socialdemocracia más perversa (acostumbra a pedir el voto para el PSOE), describe en dicha obra los procedimientos de que se valió la progresía catalana, ya desde antes del fin del franquismo y en cooperación con éste, para introducir una mentalidad generadora de un estilo de vida supuestamente “trasgresor” y “rebelde” que no era otra cosa que un nuevo modo de predicar el conformismo político, triturar la cultura, envilecer la música, aniquilar seres humanos y ganar mucho dinero, la cual llevó finalmente a la gran carnicería de las drogas y a la cruel catástrofe del alcoholismo, en Cataluña. Lo que se hizo en aquella ciudad fue luego copiado y mejorado en Madrid, por la izquierda, con los efectos antes descritos. Esa progresía, que es la forma renovada de burguesía estotocrática, hiper-moderna y seudointelectual, hoy aupada al poder en alianza con el PSOE, es responsable, por inducción ideológica manipulativa, de la muerte de tantos seres humanos como el franquismo, de manera que está tan manchada de sangre y es tan culpable como éste. Eso sí, su matanza fue menos visible, más refinada, pero por ello mismo más eficaz en el ámbito de lo político. La ideología que está tras todo

ello es la del hedonismo: quienes, invulnerables a la realidad, continúan aseverando que aquél es “antisistema” deben preguntarse por qué un sujeto como Loquillo loa sin descanso el placerismo. Fue la cosmovisión hedonista la que condujo, y conduce, a las gentes hacia las drogas, así como hacia el alcohol, por tanto, sin su crítica (que realizo en varios de mis escritos, sobre todo en el libro “Ética y política”), no se puede superar la actual sociedad de beodos y toxicómanos. Para instaurar ésta se creó, en efecto, una ideología de la fiesta y la diversión como el todo de la existencia humana, de manera que la idea de acumular goces sensoriales dominaba. Ansiosos de placeres de pacotilla, las y los desventurados aleccionados por el aparato mediático y político progresista-izquierdista se sumergieron en las hediondas aguas del policonsumo de casi todo tipo de tóxicos, lo que ocasionó un ascenso en flecha de las peores formas de alcoholismo y adicción a las drogas en ese decenio, los años 80. No pasó mucho tiempo sin que ello llevase a una política de exterminio, hasta el punto que en los últimos 25 años probablemente hayan muerto más personas por esas causas de las que perdieron la vida por todos los conceptos en la guerra civil de 1936-39: tal es el espeluznante precio que ha habido que pagar para que el régimen de dictadura constitucional, parlamentaria y partidocrática hoy en vigor se estabilizase. Una argucia utilizada fue la falsificación de la naturaleza real del franquismo, según sus intereses. En efecto, se le presentó arbitrariamente como austero, moral y sobrio, cuando era corrupto, inmoral y gozador, para que de ese modo, el antifranquismo superficial y de circunstancias entonces en boga se opusiera a sus pretendidas virtudes practicando sus muy reales vicios. Se ignoró, por ejemplo, que el franquismo había sido, ante todo, una dictadura militar, y que el ejército fue la causa



primera de la inicial alcoholización del cuerpo social en los 40 años de su existencia, pues un cierto porcentaje de jóvenes que llegaba a él, para hacer la mili, como personas abstemias o morigeradas volvían a casa con el aciago hábito de libar y beber. Al mismo tiempo, la intelectualidad izquierdista constituyó un estilo de vida, de inmediato impuesto a amplios sectores populares gracias a su descomunal poder mediático, supuestamente bohemio, rompedor y desinhibido, que se presentó como la pretendida negación del preconizado por el franquismo, y que tenía como elementos esenciales la vida nocturna, los excesos de todo tipo, el consumo de drogas y las borracheras frecuentes. El cine neo-franquista de Almodóvar y la literatura de retrete (producida principalmente por mujeres, como Almudena Grandes, próxima a Izquierda Unida) mitificaron todo lo relacionado con la embriaguez, desde el andar tambaleante y la pesadez en la lengua hasta los vómitos (de ahí el nombre de literatura de retrete), presentada como un acto no sólo simpático y novedoso sino también, y sobre todo, “inconformista”, “rebelde”, “liberador”, “antifranquista” e incluso “revolucionario”. En el cómic, ciertos mercachifles disfrazados de radicales crearon el PGB (Partido de la Gente del Bar), que daba continuidad a la exaltación del perverso universo de los bares que había realizado el franquismo. En Euskal Herria, como se ha dicho, una parte de la izquierda abertzale se hizo “alegre y combativa”, esto es, sacralizó el acto de beber, presentándolo como irreverente y subversor, a pesar de que era un atentado al pueblo vasco, no menor que el consumo inducido desde los cuerpos policiales de drogas duras. De ese modo, en los ambientes pseudo-radicales el consumir inmoderadamente alcohol se volvió forzoso y obligatorio. Se trataba de realizar el lema del pedestre Rimbaud, el “desbordamiento de todos los sentidos”, dirigido a reprimir y prohibir el real desborda-

miento de todas las capacidades del ser humano en tanto que realidad integral, convirtiendo a éste en criatura limitadamente sensorial, que ya no es capaz de valerse de las demás facultades de que la naturaleza le ha dotado, en primer lugar de las reflexivas, volitivas y convivenciales, lo que acabó en tragedia. No podía faltar la aportación de la casta intelectual progresista a la alcoholización general. Una expresión de ello es el libro “Alcoholismo, medicina y sociedad en España (1 876-1 923)”, de R. Campos Marín, editado en 1 997 y fabricado, al parecer, en ambientes próximos al PSOE. En él, bien apoyado en un aparatoso entramado de datos, citas y estadísticas, se viene a sostener que la crítica del alcoholismo en el periodo citado fue un “instrumento de control social”, llevada adelante por “las clases medias e ilustradas”, pues “el alcohol era una amenaza (sic), un disolvente de los valores de la burguesía”. Ello bendice el acto de embriagarse, al presentarlo como “antiburgués”, falseando la realidad de la época, que fue exactamente la contraria, una burguesía que pugnaba por alcoholizar a las clases trabajadoras de la ciudad y el campo, mientras éstas resistían tal incitación con enorme éxito. El fundamento del análisis es, además de la tergiversación de la realidad, el economicismo propio de la izquierda, que establece la producción como meta única de las clases propietarias, sin admitir que por delante está una finalidad primera y superior, la de conservar y acrecentar su poder, para lo cual es muy conveniente destruir por medio del alcohol la capacidad de reflexión y acción de las y los más conscientes. Además, aunque es cierto que la producción, en abstracto, suele ser más efectiva con mano de obra sobria, en concreto no siempre es así, pues el horror sin fin del trabajo asalariado impone el consumo de alcohol y drogas en los centros de producción, actividad que los empresarios sólo desean supervisar y con-

trolar, pero no eliminar, puesto que les favorece estratégicamente. El mencionado texto muestra hasta donde son capaces de llegar ciertos intelectuales, en su olvido de la noción de verdad a causa del frenesí por servir al orden constituido. Un enfoque similar se encuentra en “Historia general de las drogas”, tomo II, de A. Escohotado. Estos autores presentan el rechazo revolucionario del uso institucional del alcohol como una forma de “moralismo”, el mal más execrable para ellos, ensoberbecidos ideócratas de rapiña que se creen situados en el trono de Dios, esto es, más allá del bien y el mal moral, lo mismo que todos los filisteos desde Nietzsche hasta el día de hoy. Eso se debe, pura y simplemente, a que el régimen de dictadura actual es tan desenfrenado y brutal que ya no puede admitir ninguna traba ética frente a sí. Una causa bien significativa de alcoholismo, y de drogadicción, ha sido el anticlericalismo burgués, un tipo extremo de fanatismo que, desde el siglo XVIII, es usado por el Estado y la burguesía para imponer a las clases populares toda una variedad de productos políticos e ideológicos, a cual más funesto. Tenemos las conocidas como “procesiones de los borrachos” que, con tanta estolidez como pertinacia, celebran laicos, volterianos, comecuras decimonónicos, izquierdistas y demás competidores, todos ya bastante trasnochados, con el clero en Semana Santa, que son aterradoras bacanales de alcohol, pis, flatulencias y bascas, con pérdida del autorespeto, la propia dignidad y la conciencia cívica y moral de los asistentes, ellos y ellas. Así, y con multitud de actuaciones e intervenciones similares, se pretende otorgar a la ebriedad una connotación positiva, simpática y “antisistema”, ocultando que no es mejor que la religión, siendo a veces incluso peor. El uso continuado de ideas “radicales”, anticlericales, progresistas y de la izquierda, para imponer los excesos libatorios y

el consumo de drogas es una constante del sistema argumental de los agentes del poder constituido, se denominen como se denominen. El anticlericalismo burgués se diferencia de la crítica consecuente de las religiones (no sólo de la católica sino de todas, pues hoy las hay incluso más temibles, al ser nuevas formas de fascismo militante), en que ésta, al culpar al clero no exculpa al capital y al Estado; en que considera a ambos, muy por delante de la Iglesia, como causa principal del mal político y social; en que ofrece una visión objetiva del primer cristianismo; en que une la crítica de la religión con la condena de todas las formas de envilecimiento y degradación, personal y colectiva, que la burguesía laica y anticlerical difunde; en que repudia el amoralismo burgués y rechaza el laicismo por ser una forma extremista de culto neo-religioso por el aparato estatal, por tanto, de apología del militarismo y del Estado policial; en que preconiza no una modernización del actual orden de dominación sino su derrocamiento revolucionario, para constituir una sociedad libre y autogobernada. La mencionada crítica (en realidad, pseudo-crítica) de la religión es nada más que una añagaza para sustituir una droga mental por otras, de naturaleza física o material, el alcohol y los narcóticos, como se ha podido comprobar en los últimos 30 años. Con todas esas intervenciones de fuerzas oscuras la relación de las clases populares con el alcohol se modificó radicalmente en sólo unos pocos años, una vez que se ideologizó y politizó de un modo pasmoso, y comenzó a manifestarse de una manera nueva. La bebida se separó de la comida, sobre todo entre la juventud. La meta ya no era alimentarse o, como mucho, adquirir un estado de ánimo moderadamente festivo y más sociable, sino directamente embriagarse, ingiriendo de golpe y en grandes cantidades la bebida, ya concebida como puro narcótico. También se alteraron los

momentos de beber, que pasaron de las horas de comer y cenar, más o menos todos los días, a las noches de los fines de semana, mientras que en las comidas y en los días laborables muchos de los borrachos más encanallados resultaban ser abstemios, al menos en las primeras fases de su adicción. Ello agravó muchísimo los efectos del alcohol sobre el organismo, pues es imposible diseñar un modo más irracional y destructivo de consumirlo. En los años 80 y 90 del siglo pasado la cerveza y el porro fueron las señas de identidad de buen parte de la juventud de entonces, en el mejor de los casos, pues en el peor tal significación la alcanzaron los licores más devastadores y la heroína. Eso llevó a muchos integrantes de aquella desventurada generación, que se creía rompedora e hiper-radical pero fue acrítica, crédula y dócil como pocas, a una muerte prematura y terrible, sobre todo por su sentido político, pues dieron su vida por el Estado y el capital. En particular el consumo de marihuana y hachís sigue teniendo un aura de acto “inconformista” que debe ser criticado más y más, si bien con cordialidad y afecto, sin que sufra la convivencia ni la amistad. Son quienes, de buena fe, continúan atrapados por el ritual, pseudo-radical y parapolicial (dado que es la policía la que, en definitiva, controla esta sustancia), de liar, encender y fumar el porro los que deben dejar de hacerlo, para dejar de ser instrumentos del poder constituido, individuos que ejecutan obedientemente lo que aquél les ordena, sin personalidad propia ni respeto por los demás ni aprecio en actos por el gran ideal de la revolución. Para ello quizá les sea útil recordar el lema de bastantes manifestaciones contra el consumo de sustancias de evasión y el poder de los camellos, “drogas y policía, la misma porquería”. En efecto, el porro une a sus consumidores con los aparatos represivos, que son quien,

en definitiva, controlan y regulan el tráfico de esa sustancia, tanto como del resto de las drogas. Por eso no las legalizan, porque saben que el aura de “clandestinidad” de pacotilla que las rodea es un incentivo a su consumo en ciertos ambientes. Hoy la situación continúa siendo más y más preocupante. Según ciertos estudios, el entretenimiento preferido del 50% de los jóvenes es “tomar copas”, de manera que el 25% de ellos pueden ser tenidos por “bebedores excesivos”, lo que explica que cerca del 60% del dinero que reciben las y los jóvenes se destine a alcohol. El alcoholismo es la tercera causa de muerte en nuestro país, con unos 20.000 fallecimientos anuales, cifra por detrás, con todo, de la de víctimas del tabaquismo, 50.000 óbitos por año. España es el segundo consumidor de whisky de la Unión Europea, dato que mide, además, el nivel de aculturación tanto como el espíritu paletil y el servilismo imperantes. La mitad de las muertes en carretera resultan del alcohol. La creatividad aplicada al crucial, para el sistema de dominación, asunto de degradarse, deshumanizarse e idiotizarse bebiendo ha originado un nuevo invento, el botellón, por el cual cientos o miles de jóvenes se reúnen, sobre todo de madrugada, en lugares, a menudo ofrecidos por las autoridades (hasta que comenzó a ser prohibido), para entretener su ocio bebiendo, por lo general licores, mientras disfrutan con la descontrolada verborrea y las patéticas risas, así como con, al parecer, las muchas reyertas, renuncia a la propia dignidad, comportamientos abyectos y actos de barbarie que tal sustancia suscita. Está, además, la legión de tarambanas que quieren dárseles de “tolerantes” y “modernos” disculpando e incluso preconizando tales demasías. Un aspecto de las bebidas alcohólicas que hace que su consumo sea decisivo para el Estado son los ingresos que le proporcionan, al estar gravadas con fuertes impuestos.

Con él el ente estatal recauda más de 10.000 millones de euros anuales, que utiliza, sobre todo, para reforzar el aparato militar, policial, judicial y carcelario, sin olvidar el aleccionador, mediático y universitario. Lo mismo sucede con el tabaco, otra sustancia funesta, cuyo consumo promovió el franquismo de manera desvergonzada, y luego el parlamentarismo, por los ingresos fiscales que aporta y por su función de droga muy adictiva que facilita un trabajo productivo incesante. Ello convierte el consumo de alcohol y tabaco en un deber patriótico de hecho, y a sus promotores en una nueva raza de servidores del Estado de nuevo tipo. Quienes arguyen que vivir alcoholizados es un estilo de vida “antiburgués” no tienen en cuenta que la industria del alcohol, así como los garitos y bares, son un formidable negocio, que hace muy próspera a una de las ramas más poderosas del capitalismo actual. Quienes tales exponen se manifiestan como lo que son, agentes comerciales, además de sostenedores políticos, del capital. Dos textos que contribuyen a poner las cosas en su sitio en estos delicados terrenos son “El sucio negocio de los bares” y “La adicción es obsesión, la obsesión es sumisión”, elaborados por el movimiento Straight Edge de nuestro país. También, “Libres de drogas”. La manía de no dejar ni por un instante de ingerir, tomar y consumir algún producto, propia de la degradada sociedad actual, volcada en el culto maniático a las cosas, ha llenado la vida de la gente de sustancias inútiles y perniciosas, destinadas a dar placer sensorial al usuario, a costa de su dignidad, mismidad, fortaleza interior, capacidades espirituales y salud física. Tal es el caso de, además de las citadas, el café, té, azúcar, cacao y otras similares, que ocupan, en todo el planeta, una enorme extensión de las mejores tierras que, si cesase su consumo, podrían ser devueltas al

bosque, permiten la acumulación y expansión del capitalismo y proporcionan enormes ingresos fiscales a los Estados. Es a resaltar que el ascenso de los diversos entes estatales, desde la primera modernidad, en el siglo XVI, ha venido acompañado de un auge continuado de los productos de placer, que no desempeñan otra función que el satisfacer los vicios del individuo, la gula sobre todo, de tal manera que el ser humano es inducido, por el rampante Estado moderno y contemporáneo, a llevar una vida de cerdos, volcado sempiternamente en proporcionarse placeres sensoriales, con olvido de los demás componentes de la condición humana, la inteligencia, la voluntad, la sensibilidad, la convivencialidad y el impulso hacia el bien. De ello resulta el sujeto debilitado y pervertido, ideal para la modernidad, un ser lastimosamente mutilado y disminuido, sólo apto para lo inferior, un bruto sin conciencia, óptimo por tanto para ser dominado. Al dejarse someter por las cosas que, pretendidamente, otorgan disfrute, el individuo se deja dominar, en realidad, por los amos de las cosas, perdiendo su libertad y condición humana. Esto es una prueba añadida de lo infecta y perversa que es la ideología del placer, idolatrada por la izquierda, la “radical” tanto o más que la institucional. En efecto, una de las cuestiones de fondo en la promoción de toda esta sucesión de atrocidades es la idea de felicidad y su consecuencia, la ofuscada búsqueda de placeres sensoriales, esto es, burgueses, que forma parte del núcleo fundacional del actual régimen de dictadura político-jurídica y que ocupa, cómo no, un lugar central en las utopías sociales, o ensoñaciones cuasi-religiosas de que se sirve la izquierda para su labor de aleccionamiento y vilificación de las masas. Por tanto, se requiere una nueva cosmovisión, ésta antisistema sin comillas, capaz de decir no a los goces sensoriales,



de auto-contenerse y autoregularse, de enseñar a encontrar en el interior del individuo los recursos espirituales (de la inteligencia, la voluntad, la convivencia y la sensibilidad) necesarios para afrontar el hecho de vivir, siempre tremendo. Es necesario conquistar la independencia respecto a las cosas, en esta sociedad en que el imperio de la mercancía hace de ellas el todo. Reducir nuestra subordinación a los objetos materiales al mínimo posible es la condición previa al desenvolvimiento de la capacidad y valores del espíritu (además de los del cuerpo), así como para emanciparnos del fatídico universo de la mercancía, del sofocante ambiente de la sociedad de consumo. Es hipócrita criticar el mercado y al mismo tiempo predicar el placerismo, pues lo primero suele quedar como palabras y lo segundo ordenar la vida del individuo, que de ese modo se hace un consumidor eficiente, por ejemplo de sustancias estupefacientes que también provienen del mercado, si bien “clandestino”. Aprender a decir no, ejercitarse en abstenerse, adquirir el hábito de auto-controlarse, es un gran avance en la buena dirección, pues el triunfo de los seres humanos sobre las cosas anuncia la victoria sobre el mundo de la mercancía, y es su precondition. Una atención especial ha de otorgarse a la cada vez más íntima relación con el alcohol, así como con el tabaco y las drogas en general, que tienen las mujeres jóvenes. En efecto, estudios realizados indican que hoy las adolescentes beben y fuman más que sus compañeros varones, en lo que hay que ver un logro aterrador del feminismo de Estado. Éste, con su programa de sometimiento categórico de las féminas a los intereses fundamentales del Estado y la clase empresarial, prohibiéndolas las relaciones de amistad, el sexo, el amor y la maternidad, sepultándolas en un letal universo de victimismo, sexismo y servilismo, sin vida intelectual

propia y forzadas a imitar ciegamente lo más negativo de la condición masculina, crea las condiciones para que el alcoholismo, el tabaquismo y el uso de estupefacientes legales e “ilegales” se estén haciendo prácticas habituales de un sector creciente de mujeres jóvenes. Únicamente la rebelión de éstas contra el feminismo de Estado, sexista y maestro del odio, militarista y policiaco, para crear un nuevo modo de entender y vivir la condición femenina y contribuir a la gran tarea de la revolución, puede revertir la actual tendencia. Esto es de enorme importancia pues sin la implicación de las mujeres en la transformación revolucionaria del actual orden político, tal tarea no será hacedera. En concreto, frente a la mojigatería feminista, que pretende imponer formas nuevas y aún peores de represión sexual, copiadas de las preconizadas por la Iglesia católica, hay que reivindicar, para todas y todos, el sexo, la amistad, el afecto y el amor, en contraposición al alcohol, el tabaco, el porro y las otras drogas “ilegales” y legales, en particular los psicofármacos, de los que la mujer es principal consumidora, bastante por encima del varón, por la suma de atrocidades que padece en la actual sociedad, moldeada desde el ministerio de Igualdad por el feminismo de Estado, así como por, hasta el momento, la débil capacidad de aquélla para rebelarse contra todo eso. No puede dejarse en la sombra lo obvio, que el proceso de ascenso en flecha del alcohol y las drogas tiene lugar, sobre todo, bajo los gobiernos del PSOE, lo que hace de la izquierda institucional la principal responsable de tal catástrofe, una de las peores, por el número de muertos como por los múltiples daños infligidos al cuerpo social y a los individuos, de los últimos 200 años en nuestro país. El PSOE, así como IU y la izquierda “radical” que siempre gira en torno a la socialdemocracia (por ejemplo, la ayudó a ganar

las elecciones en 2004), no sólo no hizo nada para frenar la marcha hacia la drogadicción y alcoholización de masas sino que las promovió de muchas maneras, como se dijo. No fue sólo el caso de Tierno Galván, el alcalde golfo de Madrid, pues sus actuaciones públicas fueron, en el contexto, meramente anecdóticas. Lo que había tras todo ello, a juzgar desde los acontecimientos, era una decisión política, tomada antes de 1982 por los diversos aparatos del Estado, fecha en que el PSOE gana las elecciones generales, pero aplicada con el máximo de rigor y firmeza en los 14 años en que ese partido va a estar en el gobierno, hasta 1996. Las drogas, tanto como el alcohol, eran una imperiosa necesidad política para el orden tiránico establecido en 1 977 y 1 978, asentado en la pomposa “Constitución Española” impuesta a las clases populares en esa segunda fecha. Una parte notable de la disidencia, real y potencial, tenía que ser exterminada, igual que en 1 936-39, pero con otros procedimientos, esta vez sin el uso de armas de fuego, por medio de algo tan antiguo como el alcohol y algo tan moderno como las drogas, pero con los mismos resultados: cientos de miles de víctimas mortales y una sociedad devastada y envilecida, esto es, mucho más dócil y sometida. Tal decisión política, de naturaleza estratégica, explica que en muy poco tiempo el País Vasco fuera el territorio europeo con más consumo de heroína “per capita”; que la policía, en los barrios populares, protegiera a los traficantes y acosara a quienes se habían organizado para denunciar el tráfico de heroína (yo mismo fui víctima de tan significativa actuación, en la madrileña barriada de Orcasitas, en 1987); que, como comunicaban las asociaciones de madres de toxicómanos a quien quisiera oírlas, era la propia policía la que, en bastantes ocasiones, realizaba de manera directa la distribución de los

estupefacientes; que los medios de comunicación estuvieran inundados de reportajes y programas supuestamente de “denuncia” del consumo de drogas que eran, en realidad, apolo­géticos y pedagógicos en relación con tal actividad; que salta­ran a escena un sinnúmero de intelectuales, estetócratas y famosos, situados a la izquierda, realizando más o menos sibilinas los de los nuevos productos estupefacientes; que se detuviera a muchos camellos de medio pelo, pero casi nunca a los jefes de las grandes redes, a pesar de la probada eficacia de una policía adiestrada en perseguirlo todo con particular eficiencia bajo el franquismo; que los partidos políticos no movieran un dedo contra el ascenso de las drogas, movilizándose sólo, a desgana y frenando todo lo posible, cuando las diversas asociaciones y plataformas espontáneas organizadas por el vecindario se lanzaron a tomar la calle; que se tildara de “fascistas” (en tan miserable actuación se significaron algunas intelectuales orgánicas del diario “El País”, como Rosa Montero, tan progres que eran el nuevo rostro de la reacción) a quienes, en barrios y pueblos, organizaron patrullas de auto-protección contra el poder, crecidísimo ya, de traficantes y policías, actuación que fue lo único que logró algunos resultados positivos. De ese modo, cuando sólo habían transcurrido unos pocos años del ascenso al gobierno de Madrid de la izquierda, el país era un hervidero de tráfico y consumo. El régimen de dictadura constitucional, parlamentaria y partidocrática se consolidaba, de ese modo, por medio de una carnicería, como lo había hecho el régimen de dictadura fascista unos decenios antes. Así, el poder constituido avanza y se perfecciona, de matanza en matanza. Con el alcohol se hizo lo mismo. La progresía, que cobraba y cobra del PSOE, y en su defecto del PCE<sup>7</sup>, promovió,

7. Partido Comunista de España, definido marxista, que se formó de una escisión del PSOE en 1921. Hoy forma parte de una alianza llamada Izquierda Unida.

ya desde los años 60, una campaña a favor de la fiesta, el placer, la felicidad y la diversión, que se concretaba en el tristísimo acto de beber y fumar infinitas veces repetido. Quienes se oponían eran tachados de “clericales”, franquistas”, “reaccionarios” y otras lindezas por aquellos que, con la cara dura que les caracteriza, lo único que hacían era continuar en las nuevas condiciones la política fascista de destrucción de las clases populares por medio de la bebida, como el colonialismo español había aniquilado, siglos antes, a varios pueblos indígenas de América valiéndose de la misma arma. Es significativo que esa progresía, que en el 98% de los casos, nada había hecho contra el franquismo (y que, en muchas ocasiones, había estado en sus nóminas), vilipendiara a quienes había (habíamos) conocido los rigores de la clandestinidad y la persecución de la policía política, porque rechazaban (rechazábamos), por motivos políticos y morales al mismo tiempo, su beoda logomaquia en pro de una existencia ridícula, dedicada a trasegar, potar y padecer horribles resacas, que ellos, en su chaladura, tenían por la más lúdica, festiva, desinhibida, rompedora e incluso sublime (suponiendo que sujetos de esa naturaleza lograsen, en sus escasos momentos de sobriedad, siquiera intuir una noción tan por encima de lo pedestre y ramplón) de todas las posibles. Dado que, con su particular desprecio por la verdad, habían definido al franquismo como “sobrio y moral”, se trataba de supuestamente negarlo y combatirlo (eso sí, a toro pasado) siendo achispados e inmorales. De tal manera, esa patulea de cobardes, badulaques y serviles, además de borrachos, que habían vivido paralizados por un terror pánico bajo el franquismo, ahora eran los “antifranquistas” más decididos, siempre con el vaso en la mano. Más de tres decenios después la alcoholización de amplios sectores de la juventud les pone en evidencia.

La izquierda y el progresismo, en el gobierno desde hace 30 años, dotada de un poder tal que en los 8 años de gobierno de la derecha (como se recordará, en 1996-2004 estuvo el PP<sup>8</sup> en el gobierno) ésta ha realizado exactamente la política de la izquierda, han convertido el país en un compendio de nocividades y trastornos, de aberraciones y atrocidades, de perversiones y vicios. España es el primer país de Europa, y en bastantes cuestiones también del mundo, en todo lo malo, en todo, desde el uso de drogas a la alcoholización de la juventud, desde el porcentaje de paro al consumo obsesivo, desde el número de presos al número de policías, desde el desplome de la natalidad hasta la manía de los viajes y las vacaciones sin fin, desde la completa putrefacción de la vida intelectual al desarrollo de una inmoralidad de masas que deja pasmados a los viajeros más lúcidos, desde los millones de hectáreas ya desertificadas a la conversión de todo el litoral en un descomunal muestrario de ladrillo y hormigón, desde el culto más ciego por el dinero a la pérdida, pronto completa, de la sociabilidad. Siendo los primeros en todo lo malo, y los últimos en todo lo bueno, hemos de reconocer que el franquismo, el izquierdismo y la progresía unidos han realizado a conciencia su trabajo, por lo que ahora somos la cloaca de Europa, el país basura por excelencia. Tal se hizo con una doble meta: reforzar el poder del Estado todo lo posible, y convertir a España en potencia de primera fila. Ese es el doble origen de unas líneas políticas y de actuación, implementadas al mismo tiempo por fascistas y progresistas (cada cual en el periodo en que les tocó ejercer el gobierno) que, para el observador inge-

8. Partido Popular, es un partido conservador y liberal, de centro derecha en España, fundado en 1989 que viene del partido Alianza Popular, fundado por , Ministro durante la dictadura de Franco. Forma parte del duopolio político de España.

nuo y apolítico pero de buena fe, aparecen como una espeluznante explosión de perfidia, sinrazón, locura y maldad. Para inteligir mejor esto hay que considerar que desde el fin del franquismo ha sido la izquierda, el PSOE en primer lugar, quien ha gestionado mejor los intereses fundamentales del Estado y del capital, la fuerza número uno de la reacción, muy por delante de la derecha, del PP. El PSOE es el heredero y continuador, por tanto, de la Falange y, luego, del Movimiento Nacional franquista, pues cumple ahora, en las nuevas condiciones, las funciones que la una y el otro desempeñaron en su tiempo. Por eso ha sido la izquierda en el gobierno, junto con sus aliados de la izquierda “radical”, la que ha realizado lo principal de la tarea de alcoholizar y narcotizar al país.

# FUTURO

Para establecer una estrategia apropiada de resistencia y lucha hay que considerar las causas reales del alcoholismo. Está, por un lado, el adoctrinamiento, ya examinado, que en la actual sociedad de “la información y el conocimiento”, en la que no existe la libertad de conciencia, alcanza una eficacia aterradora, lo que explica que en apenas 20 años (1965-85) los aparatos de aleccionamiento del fascismo y el parlamentarismo hayan convertido un país de sobrios en otro de beodos, asunto que lleva a considerar la libertad espiritual, o de conciencia, realizada en un orden en que no exista el adoctrinamiento de masas, una concreción fundamental e irrenunciable de la libertad. Ésta es una de las peores consecuencias del súbito y descomunal fortalecimiento de los instrumentos para la nadvificación de la libertad interior que se va creando en los países occidentales desde 1945, asunto que no suscita la atención y preocupación que debiera, y que está analizado en el capítulo II de mi libro “La democracia y el triunfo del Estado”, titulado “Verdad, libertad de conciencia e ideocracia”. La conclusión que cabe extraer de ello es que muy poco hay más importante en las presentes circunstancias que realizar la libertad del espíritu desarticulando los aparatos de adoctrinamiento de que se vale el poder constituido para manipular, anular y destruir la autonomía mental de las gentes, desde la televisión a la universidad. Junto a aquél operan, como factores causales, las razones estructurales, las referidas al sujeto y las causas existenciales, que forman cuatro grandes bloques de motivaciones e inducciones a la bebida. Entre las primeras descuella la ausencia de libertad política propia del actual régimen de dictadura constitucional y parla-

40\ Borracheras NO!



mentaria, que hace del individuo un cero a la izquierda, sin ninguna capacidad de participar en la toma de decisiones, simple marioneta manipulada de la que se mofan los poderes constituidos, particularmente en cada farsa electoral. La conversión del individuo medio en un sobre-oprimido y, por tanto, en un ser nada, suscita en él un estado de indefensión y nadificación muy reales, situación que ocasiona una gran tensión interior y desasosiego, que pueden llevar al consumo a gran escala de alcohol. Por tanto, la erradicación de esta causa demanda conquistar un régimen de libertades políticas y autogobierno, con la asamblea como institución omni-soberana, sin ente estatal. La actual vida solitaria, carente de sociabilidad, impuesta desde arriba, en la que no hay lugar para el compañerismo, la vecindad, la amistad, la mutua asistencia, el afecto y el amor, dado que la competitividad, los malos modos, la indiferencia emocional hacia el otro, los enfrentamientos interpersonales y las ideologías del odio a los iguales ocupan toda el tiempo de vigilia del sujeto medio, es causa decisiva de alcoholización, pues nada es más necesario al ser humano, además de la verdad y la libertad, que una sociedad convivencial, en la que la relación con sus semejantes satisfaga sus necesidades afectivas y emocionales. Precisamente, el rápido auge de la dipsomanía de masas a partir de 1965 tiene una de sus causas en la emigración del campo a la ciudad, dado que quienes tan descaminada acción realizaron, al llegar a ésta se encontraron con el mundo de las megalópolis, frío, individualista, hostil, una despiadada selva de cemento y asfalto en la cual no hay lugar para la vida afectuosa ni para la ayuda mutua propias de la mayor parte de la ruralidad. La respuesta de muchos fue el consumo disparatado de alcohol y el tabaquismo y, en los más jóvenes, un poco después, de drogas, que se desarrollaron sobre todo en los barrios de aquella emigración, formados por gentes desarraigadas.

das y aculturadas, que no eran capaces de adaptarse a la falta de relaciones interpersonales propia del modo de vida urbano. Al mismo tiempo, la embriaguez alcohólica suele dañar las actividades relacionales, suscitando provocaciones y riñas, de donde se ha de inferir que el esfuerzo por crear una sociedad convivencial demanda la exclusión del abuso del alcohol. El estilo de vida urbano, con tecnificación y proscripción de toda conexión con lo rural, además de con el esfuerzo físico, ocasiona un marco en el que la tendencia a beber demás se incrementa. En efecto, la falta o escasez de trabajo manual y muscular, entre otros muchos males, ocasiona caída del tono vital y depresión, de la que muchos pretenden salir bebiendo, o tomando fármacos. Al mismo tiempo, la mentalidad contracultural e izquierdista que rechaza el trabajo productivo corporal y el ejercicio físico, en beneficio de una existencia apoltronada, pasiva y supuestamente cómoda, cien por cien burguesa, aferrada a los porros y la cerveza, lleva a bastantes personas que comulgan con tales simplezas, a sumergirse en un océano de bebida, por pura desidia y falta de metas. Por tanto, es necesario que la ciudad sea extinguida de forma voluntaria, que cada persona tenga un huerto, personal o colectivo (mejor esto último) y que se hagan actividades artesanales, que se recupere el gusto por el esfuerzo físico, por el trabajo corporal y muscular, para crear seres humanos al mismo tiempo sanos en lo somático y en lo espiritual, pues como dice un fanzine Straight Edge, “las mentes vacías no piensan... los cuerpos débiles no luchan, y la suerte está más que echada”. La conversión de toda aserción en propaganda, y la sustitución de la búsqueda de la verdad concreta por un mero recibir publicidad institucional: política, escolar, académica, teórica, artística, mediática, lúdica, y así sucesivamente, frustran radicalmente la vida espiritual del individuo. Éste

necesita certezas, para satisfacer una de las necesidades más imperiosas del ser humano, la de saber y conocer, pero se le proporciona casi únicamente mentiras institucionales. Vivir en la falta de certidumbres (esto es, en las falsas certidumbres), en un hórrido revoltijo de medias verdades, simples mentiras y consignas útiles al poder, un número infinito de veces introducidas a la fuerza en la mente de cada sujeto, devasta psíquicamente, crea confusión mental e incita a buscar falsas soluciones de evasión en sustancias narcóticas. Una causa particular de la alcoholización de masas de la juventud actual es la universidad, que como gran institución para el aleccionamiento y amaestramiento, ocasiona una frustración, zozobra interior y deseo de escapar de ese inframundo que suele llevar a las y los jóvenes a la bebida. En general, la represión de las necesidades espirituales del ser humano, por el orden establecido, y por la izquierda y la extrema izquierda, para las cuales aquéllas no existen, pues conciben a la persona como un ente zoológico que se realiza al completo con buenos salarios y alto consumo, es motivo de desequilibrio anímico en los individuos mejores, que padecen una frustración de sus facultades superiores, o inmateriales. Eso les induce a encontrar un falso alivio en los productos de evasión, alcohol y drogas, en vez de en la gran causa de constituir una sociedad en la que las exigencias espirituales de los seres humanos puedan realizarse, con recuperación de la esencia concreta humana, hoy pisoteada y devastada sin contemplaciones por el par capitalismo-Estado y el izquierdismo en el gobierno. Está más allá de toda duda razonable que las causas últimas del alcoholismo de masas no podrán ser radicalmente disminuidas hasta que no se creen las condiciones estructurales para que la primacía la tengan las demandas y exigencias espirituales de los seres humanos, con relegación de las de naturaleza ma-

terial a un lugar secundario y subordinado. Lo decisivo es la muy aguda carestía de verdad, convivencia, libertad, entrega desinteresada, rectitud moral, sublimidad, sentido, belleza y trascendencia que conocen las sociedades de la modernidad, aserto certificado por un dato, que cuanto más sube el nivel de vida más asciende el alcoholismo y las drogadicciones, como prueba la experiencia de los países nórdicos (moldeados por el programa socialdemócrata), EEUU y Alemania. Una vía por donde llegó a nosotros el mal de la intemperancia ha sido, y es, el turismo de “sol y playa”, en realidad de borrachera continuada, practicado por gentes que provienen de los países en que el Estado de bienestar está más desarrollado, asunto que pone en evidencia su naturaleza real, como entidad corruptora del alma popular a cambio de unos dudosos servicios y ventajas otorgados por los altos funcionarios, en cuya gestión el individuo normal no tiene ninguna intervención real, lo que es una de las causas de su desquiciada adhesión al alcohol. En las sociedades donde dichas exigencias inmateriales fueron aplastadas de manera superlativa, por ejemplo, en la Unión Soviética (aun para algunos chiflados, una sociedad “no capitalista”) el alcoholismo llegó a alcanzar niveles pasmosos, hasta el punto de que, según diversos analistas, el hundimiento de aquélla en 1991 resultó, en lo principal, del hiper-consumo de alcohol. Eso hace del izquierdismo, que pretende recrear aquí formaciones sociales similares a las del “socialismo real”, el enemigo principal de quienes deseamos una vida limpia, consciente, libre, hermanada, fundamentada en la verdad concreta, auto-contenida y realmente humana, liberada de la pesadilla de la embriaguez de masas. A la luz de lo expuesto se comprende mejor la determinante función que ha desempeñado la izquierda en la promoción de la embriaguez en el reino de España, junto con el franquis-

mo. Su apolillada y rancia utopía huele a alcohol y vómito. Detengámonos a examinar el alcoholismo en la sociedad que ha sido la realización práctica suprema del marxismo y el izquierdismo, la Unión Soviética, hasta su risible desmoronamiento en 1991. El Estado soviético, “de obreros y campesinos”, lograba el 12% de sus ingresos de los impuestos sobre el alcohol de boca, de manera que era el más interesado en mantener el aserto de que “el vodka es la mercancía número uno de la URSS”, aunque en aquella sociedad no existía, sobre el papel, la mercancía. Tras la revolución de 1917, las nuevas autoridades definieron la embriaguez como una “reliquia del pasado zarista”, lo que equivale a decir que, según su mentalidad politicista y economicista, simplificante y mesiánica, que olvida e ignora a la persona, bastaban los cambios políticos y en la producción para terminar con el problema, pues el régimen de abundancia material general que iba a ser creado liquidaría, por sí mismo, todas las lacras, la ebriedad de masas entre ellas, realizando la felicidad total y eterna. Pero como no fue así, en 1933, los jefes del Partido Comunista de la URSS decidieron, conforme a su adhesión a la noción de la mentira útil, que el alcoholismo no existía en la “nueva sociedad socialista”, lo que significó que se prohibió hablar de él, al mismo tiempo que se expandía sin control por el cuerpo social. Los jefes de la URSS lo promovían de muchas maneras, incluso entre sus subordinados más cercanos, como sistema de dominación y modo de lograr sumisión, hasta el punto que se hizo del acto de beber una obligación política. Por eso, llegó a ser un problema fundamental, que creó el caos, destruyó a millones de personas y embruteció al conjunto de la sociedad soviética, que en esto como en todo, fue una forma de dictadura estatal y del capitalismo de Estado extraordinariamente funesta, peor incluso, si ello es posible, que las sociedades

occidentales. Un suceso espantoso, ligado al alcoholismo de masas inherente al “socialismo real”, fue la violación de unos 2 millones de mujeres (nazis, apolíticas, integrantes de la Resistencia al nazismo e incluso militantes del clandestino PC alemán y prisioneras soviéticas) en Alemania, en 1945, por los soldados del Ejército Rojo, la gran mayoría en estado de ebriedad. Tales son los “logros” del utopismo y salvacionismo social que se cierra a las interpretaciones complejas, las únicas realistas, de la sociedad, la historia y la condición humana. Otra causa estructural del mal social examinado, el inmoderado consumo de bebidas alcohólicas, es el trabajo asalariado. La total falta de libertad en que se realiza, con servil sometimiento a los empresarios y sus agentes, así como el repetitivo, parcelado y vilificante laborar que es impuesto en él forman un conjunto que destruye la esencia concreta humana, convirtiendo al individuo en infra-humano. Ciertamente, no es posible regenerar a la persona sin erradicar el supremo mal del trabajo asalariado, eliminando el capitalismo y creando una sociedad colectivista. Pero, por el momento, el trabajo neoesclavo en curso es una fuente continua de mutilación de la persona y angustia psíquica, que empuja a muchas y muchos hacia el alcohol. Desde la revolución industrial, a finales del siglo XVIII, el trabajo fabril y mecanizado asalariado está creando alcoholismo, y la solución no es la de la izquierda, movilizarse por mayores salarios, sino poner fin al trabajo no-libre, mil veces maldito. Además, los elevados salarios, en determinadas condiciones, suelen favorecer un gran consumo de bebidas, sobre todo los fines de semana y las vacaciones, lo que convierte a las gentes en un gran rebaño de seres ya no plenamente humanos, como es observable en los países con mayor nivel de vida y un más completo Estado de bienestar, los del norte de Europa y algún otro, según se dijo.

La división del trabajo ahora en vigor, que adiestra y amaestra para realizar una sola función extraordinariamente parcelada y fragmentada, y sólo una, fomenta una mentalidad repetitiva, y unos hábitos centrados en lo iterativo y monomaniaco que, cuando se aplica al consumo de alcohol o drogas, llevan a resultados aterradores. Si nos preguntamos, en el caso de la bebida, por qué el sujeto de la modernidad no sabe tomarla con moderación, encontramos que una de las causas es esa particularidad de los desventurados individuos de “la sociedad perfecta y completa”, la actual, que adiestrados como simios para realizar de manera repetitiva tareas muy parceladas, que no requieren el uso del entendimiento ni de la voluntad, reproducen el mismo modo de proceder al entrar en relación con el alcohol. Estos seres inmoderados, con mentes de repetición, autómatas de una sola tarea, que no saben auto-controlarse y que repiten y repiten una única actividad son, al mismo, tiempo, óptimos para embriagarse de un modo desmedido y ser tan desgraciados y triturados que necesitan de “los paraísos artificiales” que proporcionan las sustancias de evasión. En la sociedad pre-industrial el cambio permanente de trabajo, el dominio de docenas y docenas de tareas, todas y cada una limitadas en el tiempo y en la atención del sujeto, preparaban al individuo para limitarse y moderarse en el conjunto de sus acciones, también en la de beber, de ahí que el alcoholismo no fuese un mal grave. Por tanto, sin romper y destruir, sin sustituir por una forma humana, libre y no degradante de trabajar, el actual régimen productivo del trabajo asalariado y tecnificado con división extrema del trabajo, el alcoholismo no puede ser reducido a su mínima expresión. Ello significa expropiar al capital y crear una sociedad colectivista. La imposición de la perversa creencia sobre que la vida humana

es una vía hacia una felicidad obligada e imperiosa, dado que, como expone con tan gran desacierto Gioconda Belli en uno de sus poemas, “nacimos para ser felices”, noción que forma parte de la esencia última del actual orden de dominación, es al mismo tiempo una concepción absurda y ñoña, irrealista y vulgarmente propagandística, que deja al individuo inerme ante la vida como realmente es, querámoslo o no, con sufrimiento, necesidad de esfuerzo, tensión emocional y displacer en notables proporciones. Tales formulaciones llevan a la adicción a tóxicos de varias maneras, porque, al ser una huida de la realidad, preparan al sujeto para esas otras formas de evasión que son el alcohol y las drogas, y debido a que, cuando llegan los momentos difíciles, los sujetos adoctrinados y amaestrados en el placerismo y felicismo institucionales tienden a derrumbarse, por lo que suelen buscar refugio en las drogas legales que la sanidad “pública” les suministra cada vez en mayores cantidades, o en el alcohol, o en los estupefacientes “ilegales”. Ciertamente la personalidad infantilizada, débil, floja, perezosa, dependiente en todo de las instituciones, sin voluntad propia e incapaz de esfuerzo y sacrificio conscientes que crean las sociedades contemporáneas está predeterminada a caer en el consumo de narcóticos. Para eso se la construye desde fuera conforme a las pautas citadas. Es difícil de poner en duda que cuanta mayor capacidad de sobrellevar los sufrimientos y frustraciones propias de la condición humana tiene el individuo, menos necesita acudir a drogas de un tipo u otro. En efecto, la persona debe auto-construirse de tal modo que dependa sobre todo de sí misma y de sus iguales, de las gentes con las que convive y mantiene relaciones de afecto y mutua asistencia, no de los aparatos de dominación, ni de las sustancias legales o “ilegales” que estos preconizan. Debemos saber vivir con un mínimo de cosas, para desarro-



llarnos como seres con un máximo de cualidades y capacidades, espirituales y materiales, de tal modo que, desde la autonomía y fortaleza así construidas, podamos librar una lucha de aniquilación contra el actual orden político y económico. En esa renuncia, en ese abstenerse y decir no, está la esencia de la libertad verdadera en los tiempos que corren. En oposición a ello se ha puesto de moda, ya desde los años 60 del pasado siglo, una concepción de la libertad que, además de ser desacertada, realiza la predicción de Orwell<sup>9</sup> sobre que en las sociedades totalitarias el vocablo libertad es la nueva forma de nombrar su inexistencia, y también la renuncia alucinada a ser libres de una buena parte de sus integrantes. En efecto, es la supuesta libertad como posibilidad de emborracharse y consumir narcóticos sin trabas, como capacidad ilimitada para hacer lo que el orden de dominación ordena que se haga, niega la verdadera libertad de manera obvia, en un doble sentido, como facultad para escoger otro comportamiento diferente al que nos es inducido y, de hecho, impuesto desde el poder, y como aptitud para prescindir de las cosas todo lo posible, en particular de aquellas que nos arrebatan nuestra autonomía, nos destruyen en tanto que seres humanos e incluso nos matan. Lograr esta libertad exige un esfuerzo de autoconstrucción como ser humano integral, y por tanto el esfuerzo es la expresión decisiva de la libertad. Ésta, pues, no es nunca dada u otorgada, sino sólo realizada y conquistada. Dicho sea de paso, la solución al problema de las drogas no es su legalización, pues el alcohol es legal y todo indica que será el narcótico por excelencia del futuro. Los psicofármacos y las demás drogas del Estado de bienestar igualmente son legales y, no nos engañemos, los estupefacientes situados formalmente fuera de la ley también lo son de

9. Alusión al libro "1984" Escrito por George Orwell en 1947-48.

hecho. La cuestión no es la legalización o ilegalización, lo que establece un pseudo-debate, sino su erradicación finita. El trasiego enardecido y descontrolado de alcohol hay que situarlo en el contexto en que se da realmente. La actitud hacia los alimentos, en la sociedad del goce obligatorio y la felicidad forzosa, no es mejor que hacia la bebida, de manera que el vicio de la gula, el más vil y deshumanizador de ellos, que rebaja a la persona al nivel de mero ente fisiológico, es no menos aciago, en sus diversas manifestaciones espirituales y materiales, que el vicio de la bebida. Estamos en una sociedad de obesos, además de en una sociedad de alcohólicos y politoxicómanos. Una vez que la esencia concreta humana está a punto de ser aniquilada, sobre todo en las clases populares, al individuo medio sólo le queda la fisiología, que es lo que el orden constituido y el izquierdismo llevan siglos presentando como primero y principal, cuando no como la totalidad de la condición ¿humana?. En vez de vivir hoy se mastica y traga, se trasiega y bebe, se eructa y ventosea, se come y descome, se acumulan kilos y sebo, y ésa es la existencia maravillosa, propia de la sociedad perfecta (la actual), que los mandamases de los medios, los políticos profesionales, los estetas pervertidos y los profesores-funcionarios predicán. Ante tales perspectivas, se comprende que bastantes personas se desmoronen y terminen en el alcohol y las drogas, o más exactamente, en formas larvadas de suicidio, pues lo que muchos buscan con sus adicciones es salir para siempre de un orden monstruoso e intolerable, esto es, quitarse la vida. En la etapa de la decadencia del mundo romano hubo epidemias de suicidios, hoy el alcoholismo y la drogadicción son, en esencia, eso mismo. La causa última es un régimen político e ideológico que sólo permite un tipo de vida que no merece la pena ser vivida, por

lo que la continuidad de aquél se convierte en mera carnicería. Si observamos atentamente, alcanzaremos la conclusión que todas las funciones naturales, propias del ser humano, están profundamente perturbadas en el presente, desde el acto de comer al de pensar. Todo ha sido distorsionado, para que se amoldase a los intereses estratégicos del poder constituido por los expertos, profesionales y sabelotodo institucionales que, pretendidamente, no tienen más propósito que “ayudar” a la gente. Tras la gran mentira de la “ayuda”, cuyo fundamento último es la aciaga ideología paternalista estatal, que se encamina a privar al sujeto de autonomía, libertad y mismidad, se esconde un intervencionismo intolerable en lo más íntimo de las personas, a las que se las impone como han de comer, como han de beber, como han de practicar la sexualidad, como han de educar a sus hijos, como tienen que concebirse a sí mismos, como han de vivir en suma. Lo que está resultando de todo ello es catastrófico. Los expertos en nutrición, al servicio de la industria agroalimentaria, han convertido en obesos y obesas hasta al 50% de la población, en algunos lugares, creando una obsesión por la comida, en un sentido o en otro, que es antinatural y patológica. Lo mismo ha sucedido con la bebida. Se trata de criticar la dictadura de los expertos, que han de ser silenciados, para lograr zafarse de aquélla, valiéndose en estos asuntos del sentido común asentado en la experiencia directa, de lo que aún no ha sido destruido de la sana sabiduría popular y de los consejos y opiniones de nuestros iguales. En consecuencia, hay que rechazar el uso a gran escala que el poder está haciendo de las drogas psiquiátricas, utilizadas para enmascarar, no para corregir, la ansiedad sicótica y la angustia vivencial que nuestro desastroso modo de existencia ocasionan. En particular, las mujeres, los niños y niñas y los

ancianos, están siendo drogados en masa por los profesionales de la medicina estatal (que no “pública”, como dicen los socialdemócratas de uno y otro tipo) y por los terapeutas de la medicina privada. Se sabe que, por ejemplo, los neurolépticos ocasionan daño cerebral, y aun así están siendo recetados a colosal escala, o quizá por ello. A los niños se les hace ingerir el estupefaciente ritalin, que se comercializa con diversas denominaciones, y también metilfenidato, y dexedrina, verdaderos tóxicos que en muy poco se diferencian, en sus efectos, de buena parte de las pastillas que son consumidas en las discotecas y otros lugares de ocio embrutecedor los fines de semana. Esos productos crean, al menos, adicción psíquica, además de daños en diversos órganos del cuerpo. Pero lo peor son sus efectos sobre la parte espiritual del ser humano, a la que se devasta con tales psicodrogas, impidiendo que se desarrolle con normalidad, a través del esfuerzo, el compromiso y la acción transformadora; de la observación, la experiencia, el intercambio de ideas con los pares y la reflexión, personal y colectiva, actividades encaminadas a alcanzar lo más valioso para el espíritu, la verdad concreta y finita, que nunca puede alcanzarse a través de productos materiales, naturales o químicos. En última instancia, lo que está llevando al alcoholismo de masas es la hiper-estatización de la vida social. En efecto, a medida que el ente estatal se expande avanza la alcoholización: sucedió bajo el franquismo, y volvió a suceder bajo el parlamentarismo. Cuando el Estado se disponga a dar un nuevo salto delante de importancia se recrudecerá el consumo enfebrecido de alcohol y el uso compulsivo de drogas, pues los ideócratas y artistas “antisistema” las loarán, los intelectuales y profesores las bendecirán por activa y pasiva, los medios las mitificarán, los policías las distribuirán, los paternalistas de siempre exclamarán “pobrecitos, son sólo unas víctimas del

sistema” y la izquierda las impondrá a sus alucinados votantes, de manera que volverá a haber una nueva carnicería que, como no puede ser por menos, sus mentores institucionales serán los primeros en maldecir y lamentar demagógicamente. Así las cosas, se enterrará a los nuevos muertos y el orden constituido saldrá renovado de dicha peripecia, hasta la siguiente. Por tanto los actuales devotos del Estado son la primera fuerza social que milita a favor del alcoholismo de masas: socialdemócratas y su cohorte de seguidores de la “izquierda anticapitalista”, anticlericales burgueses, ideólogos de la contracultura de los años 60 y 70 del siglo XX, estetas subsidiados, ecologistas institucionales, feministas de Estado, “antiglobalizadores”, defensores de la sanidad “pública” y del Estado de bienestar, independentistas estatistas y varios otros. Pero el alcohólico y el drogadicto no son simplemente unas víctimas, ni unos enfermos. Hay que poner un límite al paternalismo, para argüir que todo ser humano es responsable en la medida en que es o puede ser libre. Por tanto, han de responder por sus actos, y deben recibir las críticas correspondientes, las asuman o no. El victimismo y la teoría de que son enfermos sirven, además, para convertir las nocividades en negocio, según el procedimiento acuñado. Quien elige su autodestrucción elige, con ella, dañar a la gente común, haciéndose un agente del sistema de dominación, y también como tal debe ser considerado. Tratar de esa manera a quienes se han dejado seducir por los tóxicos, teniendo en cuenta las contradicciones que en ellos concurren, les devuelve la condición de seres humanos integrales, y les libera del espantoso universo de las y los “trabajadores sociales”, médicos, psicólogos, terapeutas y demás expertos institucionales, que dañan y destruyen todo lo que tocan. Se ha dicho que el paternalismo es la forma más aciaga

de despotismo, pero hoy el paternalismo de los profesionales de la cosa, que hacen de él un saneado negocio asistencial, es también algo mucho peor, un procedimiento para rematar sádicamente a quienes han sido primero heridos por el alcohol y los narcóticos. En suma, una parte de la responsabilidad es del sistema y otra del individuo, víctima y verdugo (de sí y de los otros) al mismo tiempo, y ocultar esto por victimismo, que es una ideología institucional para liquidar más efectivamente a los oprimidos, es negar al ser humano en tanto que humano. Ahora entraremos en el análisis de las causas referidas al sujeto. La primera reflexión es que no todo lo personal es político, porque la política no es y no debe ser el todo de la vida humana, sólo una parte, muy importante sin duda, pero nada más que una porción de un conjunto bastante más rico y complejo. La vida del sujeto tiene una vertiente política y otra no política, que es la de la conciencia y de la realidad civil, moral e individual de muchos modos diferentes, y un buen orden político es aquel que respeta la parte del sujeto ajena a lo político, sin inmiscuirse en ella, sin querer abarcarlo todo. Pues bien, en esta parcela de la vida humana, que no es política pero que sí admite una reflexión y un tratamiento, hay causas del alcoholismo, que deben ser conocidas y quizá, en cierta medida, remediadas o al menos encaradas y hechas conscientes. Las normas morales son, sobre todo, personales, aunque existe una moral social, pero lo sustantivo de la ética es que proporciona criterios de conducta al individuo, al que muestra cómo se debe vivir. La moral ha de ser auto-construida, esto es, elaborada y escogida por el sujeto, en colaboración con sus iguales. Hoy padecemos el amoralismo de masas, impuesto desde el poder, que para expandirse aún más necesita barrer todo criterio ético. Cuando el Estado crece lo que triunfa es la norma jurídica, que es coercitiva, puesto que se fundamenta en la pena legal, en

la acción policial en definitiva, de manera que ello lleva al declive de la moralidad, que no es coercitiva, pues su meollo es el obrar por convicción interior. Precisamente uno de los más aciagos cambios que tuvieron lugar tras el triunfo de EEUU, forma superior de Estado y de capitalismo, en la segunda guerra mundial, fue la sustitución de la moralidad por la absolutización del llamado “imperio de la ley”. Desde entonces el sujeto medio ya no obra conforme a convicciones sino, exclusivamente, por temor al castigo o por esperanza de premio. Eso ha originado un empobrecimiento y desintegración radical de la vida espiritual de la persona, un estado de confusión interior, al no saber qué hacer ni cómo comportarse, más allá de lo jurídico, situación de anomia y caos que propicia el uso de sustancias narcóticas. Al mismo tiempo, la falta de ética debilita a la persona, que deja de ser una realidad que se asienta en el interior de sí, para transformarse en un ente construido desde fuera, desde y por el poder constituido. De donde se infiere que recuperar el sentido de lo ético y el gusto por la rectitud moral forma parte de la resistencia a la alcoholización. En puridad, negarse a beber es en sí mismo una norma moral, como lo es llevar una vida sobria, morigerada y ordenada, en pro de valores y metas espirituales, magníficas y trascendentes, de significación universal y fijada desde el desinterés. En suma, necesitamos recuperar el gusto por la ética, para superar el caos en los actuales estilos de vida y zafarnos de la alcoholización, y del Estado. Un rasgo aciago del actual orden es que no posee, salvo de manera implícita y perversa, un sistema de ideas para la construcción del sujeto, en tanto que tal, como persona. Ésta, en el presente, es edificada autoritariamente, desde fuera de sí, por los aparatos educativos, propagandísticos y publicitarios, así como por los métodos de amaestramiento en curso, tanto y tan

eficaz, comenzando por el trabajo asalariado y terminando por la industria del ocio. Para el obrerismo el individuo no cuenta, pues todo depende de fuerzas impersonales, de naturaleza económica en última instancia, que operan en el interior de la historia y del cuerpo social, de manera que nunca elaboró una concepción sobre cómo construir, es decir, auto-construir, al individuo. Es más, rechazó lo que al respecto había anteriormente en la parte positiva de la cultura occidental, al considerar todo ello como cosa del pasado que la rutilante modernidad, asentada en el poder de la máquina y de la producción, hacía innecesaria. De ese modo, la concepción mecanicista, economicista, racio-optimista y determinista del mundo, propia del izquierdismo pero en realidad tomada por éste de la Ilustración, los “filósofos” y el liberalismo decimonónico, eliminó al sujeto, al reducirlo a pura nada, a mero efecto de causas tenidas por, en sí mismas, sustantivas y resolutivas. Pero el individuo, a pesar de todo, existe, existe como causa, o dicho de otro modo, no es sólo el efecto de fuerzas ajenas, económicas y políticas, de determinismo, providencialismos y fatalismos de una u otra condición. Existe por sí, en cierta medida, y su construcción consciente es una tarea de importancia perentoria, a incluir en el plan estratégico para alcanzar una gran conmoción social y el acceso a una nueva y más civilizada manera de ser. Es más, la valía y calidad de la persona es un factor de primera importancia en el decurso histórico tanto como en la acción actual por crear una sociedad libre y fundamentada en la verdad concreta. El individuo negado, más incluso, nulificado planeadamente por el progresismo, es el ser débil y mediocre de la hodierna modernidad, carne de cañón de todos los vicios y perversiones, que se refugia en la demencia de comer y beber sin tasa, que acaba siendo esclavo de su



vientre y de sus apetitos, por tanto, a menudo un alcohólico y un obeso, es decir, un enfermo del cuerpo porque ha sido constituido desde fuera sin parte espiritual, sin conciencia, sin alma. Así se hace hiper-esclavo del poder constituido. En “La democracia y el triunfo del Estado” me atrevo a sugerir, a pesar de quienes sólo con oír el vocablo se agitan y saltan, la recuperación de la categoría de virtud, tomándola del pasado de la cultura occidental, en tanto que voluntad realizada día a día de edificarse como persona de calidad y valía, de manera reflexionada y con propósitos sublimes, esto es, desinteresados. Aprovecho este texto para sólo citar tan significativa formulación, y no diré más sobre esto, remitiendo a la obra citada, salvo recomendar a las y los jóvenes la lectura de “Los deberes”, de Cicerón, una obra decisiva, hoy proscrita y prohibida de facto por el aparato académico en el poder. Otra conclusión a extraer es la negatividad de la abundancia material. En el pasado, los credos proletaristas encontraban especulativamente la causa de todos los males en la pobreza y la escasez. Hoy que vivimos en una sociedad de abundancia casi ilimitada, aunque quizá ya por poco tiempo, estamos comprobando que la riqueza material, tal y como expusieron los moralistas clásicos (que tuvieron ante sí el caso de la sociedad romana), es un motivo de numerosos males, entre ellos de la gula, la obesidad, la beodez de masas y las toxicomanías, además del servilismo, el egotismo, el decaimiento de la voluntad, el colapso de las facultades reflexivas y la degeneración corporal. La riqueza material ha contribuido poderosamente a casi privarnos de nuestra condición humana, haciendo de nosotros unos subhumanos sin inteligencia, libre albedrío, amor por la libertad, aprecio por verdad, sensibilidad y afecto desinteresado por nuestros iguales. Una futura sociedad libre, autogobernada y autogestio-

nada, ha de basarse en una pobreza decorosa, no en la riqueza, y ello por motivos más humanos, esto es, políticos, civilizatorios y morales, que medioambientales. Finalmente, están las causas existenciales de la alcoholización de las multitudes. Por tales se entiende aquellas que son inherentes a la condición humana, que no dependen del orden político-jurídico y que no pueden ser remediadas, por lo que únicamente admiten ser reflexionadas, asumidas y encaradas. Son la temporalidad y la finitud, la fugacidad de la vida humana, la impotencia ontológica, la muerte y la nada eternas. Desde que el ser humano existe, esas cuestiones han estado entre sus preocupaciones más acuciantes, pero la modernidad decidió despóticamente que tenían que ser olvidadas, con el fin de que nada hiciera sombra a su meta más decisiva, la de imponer una vida absolutamente dichosa y placentera, esto es, con abundancia material, satisfacciones del estómago y descrédito de todo lo espiritual. Los poderhabientes no desean que, verbigracia, la reflexión acerca de la muerte enturbie la, al parecer, ilimitada felicidad de masticar, deglutir, zampar, defecar, trasegar, empujar, trincar, soplar, abrevar, miccionar, regoldar, potar, echar, expeler y vomitar, por lo tanto se ha constituido un orden social en que la muerte es ocultada, de la misma manera que lo son todos los demás aspectos “negativos” de la condición humana, para concentrar al neo-siervo de la modernidad en una única cuestión, producir y consumir, esto es, obedecer en todo y auto-destruirse en tanto que persona. Pero lo que es irremediable en el destino humano sigue estando ahí, por más que se impida su consideración, aunque sin una cosmovisión que permita al individuo pensarse, inteligir su verdadera naturaleza, construirse a sí mismo y vivir conforme a ella. De esa operación lo que resulta es una carga colosal de angustia existencial y pánico

co vivencial que suele buscar alivio en la ingestión compulsiva (esto es, específicamente moderna) de productos narcóticos. Para evitar esto necesitamos afrontar, no sólo de manera cavilativa sino también emocional, e incluso ritual, los lados más arduos de nuestra condición, tarea que ha de convertirse en un quehacer diario, personal y colectivo, para que seamos humanos conscientes, no subhumanos inconscientes, que huyen de sí mismos y que en esa patética desbandada caen, cada día más, en el mortífero océano del alcohol. Como reflexión última es necesario añadir que la erradicación del Estado y del capitalismo, esto es, la eliminación de las causas políticas, económicas y sociales de las adicciones, no es suficiente para crear una sociedad liberada de la ebriedad. Es sólo causa necesaria, pero no causa suficiente. A eso se ha de añadir, como se ha expuesto, la atención a la construcción del sujeto en tanto que sujeto, y el encarar nuestra condición en lo que tiene de puramente existencial. Dicho sea de paso, ese proceder, lejos de debilitar la acción revolucionaria, la hará más fuerte. La cuestión del alcohol y las drogas pone sobre la mesa, a fin de cuentas, problemas de una importancia descomunal. El sistema de dictadura y dominación en curso en Occidente, al verse agobiado por la presión popular, lanzó una contraofensiva política en los años 60 y 70 del pasado siglo, parte importante de la cual fueron las sustancias estupefacientes y la bebida, en el marco de una ideología del goce y la gratificación inmediatas proveniente de la idea supersticiosa, neo-clerical, de que “nacimos para ser felices”, sistema de disvalores que, por sí mismo, tenía que llevar a muchas y muchos al matadero de los productos narcóticos de evasión, en su manifestación más literal. Hasta ahora esa maniobra política (pues tal fue, ante todo) no ha encontrado todavía una respuesta lo suficientemente meditada y lo bastante vigorosa, capaz de convertir en

derrota su actual victoria, a pesar del tiempo transcurrido. Para alcanzar sus fines el orden establecido se sirvió de los errores de las ideologías supuestamente anti-sistema, apropiándose en provecho propio de su suicida mentalidad felicista, hedonista, lúdica y utopista. Eso por un lado, por otro acometió justamente en el punto débil de aquélla, la falta de una concepción sobre la construcción del sujeto en tanto que persona autónoma y de virtud, dado que el determinismo y mecanicismo marxista, admitido por todas las corrientes radicales, hacía imposible ni siquiera pensar en dotarse de tan decisivo medio de subsistencia, lucha e incluso victoria (en la medida parcial y temporal en que algunas formas de esta son posibles). A ello se unió la inexistencia de un tratamiento contrario al del orden establecido para los problemas existenciales de la condición humana, asunto en el cual el radicalismo en curso desde el siglo XIX no ha construido nada. Finalmente, teniendo en cuenta que los contenidos otorgados a los problemas estructurales eran —y son— excesivamente laxos, pobres y débiles, además de, en general y salvo excepciones, copiados a la socialdemocracia, y que se ignoraba casi todo, por falta de estudio y dedicación, del poder aterrador de los nuevos aparatos de aleccionamiento y manipulación de las mentes y conductas de las masas, desde el cine a la universidad de masas, se establecieron las condiciones óptimas para que la acción del poder instituido fuera asombrosamente resolutiva. Incluso hoy, a pesar de las lecciones proporcionadas por el desarrollo de los hechos en los últimos 50 años, son mayoría las y los que se oponen a remediar las causas de tan colosal derrota, aferrándose a lo que la hizo posible, en particular negándose de manera obstinada a desechar el placerismo y, sobre todo, a remediar el colosal defecto de desentenderse de elaborar una concepción propia, autónoma y más verda-

dera, sobre el sujeto y su auto-construcción consciente y libre. Pero sin solventar estos problemas y deficiencias es inútil persistir en el rutinario activismo tanto como intentar algo novedoso, y a quienes se han encastillado en tan suicida posición sólo les aguarda una salida, su liquidación política a medio plazo, como están demostrando los hechos. Tomar la iniciativa, pasar a la ofensiva desbaratando el tremendo asalto criminal, e incluso genocida, lanzado por el orden de dominación hace ya más de 50 años exige introducir cambios fundamentales en la cosmovisión revolucionaria, adecuándola a las nuevas condiciones, las del siglo XXI, purgándose de los viejos dogmatismos, sistemas doctrinales y errores, rellenando las lagunas y vacíos. El conservadurismo de quienes se dicen revolucionarios es, además de un contrasentido, un estado de ánimo auto-destructivo, pues el principio de “renovarse o morir” se cumple con exactitud y precisión en todos los aspectos de la vida humana, más en los que ahora consideramos. Dicho en plata, o nos dotamos de un orden de ideas y un programa para replicar con contundencia al aleccionamiento (y amaestramiento) de masas propio de las sociedades contemporáneas en las que se da una hiperextensión del Estado, condenar al sistema de dictadura política actual en sus puntos cardinales, tratar la fundamental, en todos los sentidos, autoconstrucción del sujeto y reflexionar sobre los grandes problemas existenciales de la condición humana, o seremos arrinconados por las politoxicomanías. En ese contexto hay que poner fin al estilo de vida izquierdista. Sus fundamentos son la pereza, el apoltronamiento, la irresponsabilidad, el aferramiento maniático al tabaco, el porro y la cerveza, la adhesión a la nueva religión hedonista y felicista propia de la sociedad de consumo, la amoralidad autosatisfecha, la renuncia a pensar, el narcisismo, el indi-

vidualismo y egocentrismo, la execración del esfuerzo, el rechazo de toda idea de deber y servicio, las extravagancias, el desdén por el esfuerzo físico y el trabajo manual, la fe en que todos los problemas tienen solución bajo el actual orden político, sin cambio revolucionario, y el desprecio por las necesidades espirituales del ser humano. Tal es lo convertido en práctica diaria por quienes siguen las consignas de la socialdemocracia y de la progresía en el poder, los cuales pretenden ser “anti-burgueses” y meramente son los nuevos reaccionarios, el tipo de sujeto que ahora el poder constituido reconiza para un sector determinado de la sociedad. En efecto, el tabaco y el alcohol incrementan sustancialmente los ingresos tributarios del Estado, que los usa para pagar más policía, y la sustancia activa del porro proviene de una vasta red que es dirigida por los servicios especiales de los Estados, de manera que lo “antisistema” de aquel modo de vida es un procedimiento para mantener y reforzar el aparato estatal, además del capitalismo. Ser antisistema de verdad es trabajar por la revolución, no fumar y beber como bestias, no hacerlo que la izquierda institucional, que es la fuerza política fundamental del par capital-Estado hoy, nos dice que hagamos. La tarea pendiente de la izquierda “antisistema”, en este asunto y en todos, es diferenciarse de la socialdemocracia, dejar de ser su ala “radical”.

# HACIA UNA ESTRATEGIA

Los puntos de una estrategia, aún bastante inmadura y rudimentaria, podrían ser enumerados, a la luz de lo expuesto, del modo que sigue. Combatir las causas aleccionadoras y estructurales del alcoholismo, a la vez que se encaran y consideran cavilativamente las que provienen de la condición humana misma, operando con un tratamiento mixto sobre las de naturaleza personal, por ser una combinación de unas y otras. Establecer una alianza entre abstemios y quienes toman fermentados de manera moderada, a la manera tradicional, para unir fuerzas contra las borracheras en tanto que fenómeno de masas. Los abstemios han de persistir valerosamente, con sus palabras y testimonio, en su rechazo total del alcohol, no sólo para promover un estilo de vida sin él sino también para hacer que quienes lo consumen de manera mesurada, al conocer tal modo de pensar y obrar, reduzcan la cantidad ingerida paso a paso. Hay que poner más énfasis en la denuncia de los males espirituales, políticos y convivenciales que crea el alcohol que en la de los físicos, económicos y médicos. La lucha de ideas contra los apologetas de la ebriedad, explícitos e implícitos, ha de ser permanente y creciente, y se ha de llevar adelante con argumentos más y más depurados y refinados, fundamentados en hechos. El izquierdismo y progresismo tienen que ser considerados como las ideologías que más han hecho, junto con el franquismo, y más están haciendo en el presente, por convertir en alcohólicas a las gentes de las clases populares, por tanto han de ser el blanco principal de críticas y denuncias. El alcohol tiene que ser excluido de las actividades cul-

turales, políticas, relacionales y sociales, así como de los lugares donde aquéllas se ejercen. Los bares han de ser denunciados más y más. El alcohol no puede ser admitido como fuente de ingresos legítimos en ningún caso. La lucha contra el alcoholismo ha de ser tarea de la gente común, no de las instituciones, pues éstas son causa primera de la hiper-extensión del vicio de la bebida. Se ha de rechazar cualquier forma de "ley seca", total o parcial, por tanto. Nunca habrá, bajo el actual orden, una derrota suficiente del alcoholismo, y las victorias parciales alcanzadas serán seguidas de fuertes e incluso dramáticos retrocesos, de manera que hay que estar permanentemente alerta. Para el sistema de dominación embrutecer por medio de la bebida es decisivo, en las presentes circunstancias históricas, lo que viene a significar que lo más importante es la lucha, muy por delante de los logros. Por lo demás, los paraísos (en nuestro caso expresables como un orden social sin adición al alcohol) ni han existido ni pueden existir ni es deseable que existan. Como expone Baudelaire, y muestra la experiencia, buscarlos conduce a constituir infiernos. La transformación integral del orden constituido, o revolución, es condición necesaria e imprescindible, pero no suficiente, de la erradicación de la dipsomanía de masas. Eso evidencia la insuficiencia de la política, incluso de la mejor. Frente a los individuos dados a las libaciones desmedidas, la posición correcta no es la del rechazo violento o el odio, pero tampoco la del paternalismo y el victimismo. Se trata de comprender y escuchar, pero también de reprender y hacerles conscientes de las propias responsabilidades, hablándoles de sus deberes más que de sus derechos. No se ha de recomendar, por lo general, que se pongan en manos de autoridades, médicos y expertos, para superar su vicio, sino que partan de su propia capacidad interior, desarrollada con ayuda de sus igua-

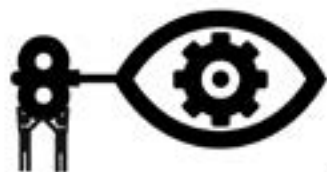


les, además del propio esfuerzo. Así mismo, se ha de poner más énfasis, al tratar con los adictos a libar, en los males espirituales, convivenciales, políticos y sociales del alcohol que en los médicos, físicos y personales, para no convertir la terapia en una apología de la cosmovisión dominante. La medicalización no es solución, porque no lo es ninguna que se base en el poder de los expertos, esto es, en la anulación del individuo.

***Félix Rodrigo Mora***







*Le Joven Ingeniero*

*Ediciones*

*2015*